

las lágrimas de ternura y de alegría, al caer de sus párpados rodando sobre la seda de su manto imperial, brillaban como perlas preciosas que, tocadas del purísimo rayo solar, prestaban á los hijos de la Iglesia los variados colores del arco iris para anunciarles que la tormenta había cesado y que se inauguraba la era de paz y de felicidad. Esa es la gran victoria de los héroes cristianos, y ahí está la transformación del mundo obrada por la eficacia del martirio y por la perseverancia y fuerza de la fe, que es la vida del Cristianismo.

EL EMPERADOR CRISTIANO.—LA FILOSOFÍA CRISTIANA

Bajo la influencia propia y legítima del Evangelio, conservado vivo é inalterable por la Iglesia, se verificó un cambio completo en la familia, en el individuo, en las relaciones sociales, en los códigos, en las leyes, en el pensamiento y en las costumbres. Á mediados del segundo siglo, dos grandes legistas profesaban un absurdo, y como si dijéramos una herejía, bajo el punto de vista pagano, proclamando y enseñando que la esclavitud no es de derecho natural; y á la luz que despedía esa enseñanza, ya el esclavo principiaba á ser hombre. Á su vez el Evangelio inspiraba y trabajaba para restituir á todo hombre la dignidad que le negaba el paganismo y para levantar la humanidad de su degradación; pero el fruto de esos desvelos y de tan laudables esfuerzos no pudo medirse ni conocerse visible-

mente hasta el advenimiento de Constantino. Durante su imperio, y merced á su protección, el Catolicismo principió á penetrar con su saludable influencia el derecho y la política, que hasta esa época habían sido inexorablemente paganos; la autoridad del paganismo muere, y los romanos tienen la dicha de ver los fulgores de la aurora cristiana, toda dulce, encantadora y llena de justicia y de amor. Los senadores que á la sazón eran

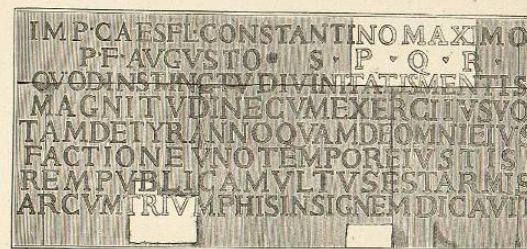


Lámina 175.—Inscripción votiva del arco de Constantino, dedicada hacia el año 315, en Roma.
«Al muy grande emperador Flaviano Constantino, César augusto. El Senado y el pueblo romano han dedicado este arco de triunfo por haber vengado la república, puesto al frente de un ejército, y guiado de la inspiración de Dios y de la grandeza de su alma, abatiendo al mismo tiempo al tirano Maxencio y á todo su partido.»—Copiado del *Boletín* de M. de Rossi.

todavía idólatras, comparando y viendo el profundo abismo que separaba las dos especies de autoridad pública que se disputaban los destinos del mundo y el corazón del hombre, se convirtieron al momento en su mayor parte.

El emperador cristiano prohibió marcar en la frente á las personas condenadas á los trabajos de las minas ó á batirse como gladiadores, y también prohibió romper las piernas á los esclavos; ordenó á los empleados del tesoro público tomar del

mismo ó por cuenta del mismo emperador todo lo que fuere necesario para alimentar á los niños pobres que fueren abandonados por sus padres ó que éstos intentasen vender; prohibió bajo la pena de muerte el secuestro de criados y de los animales destinados al trabajo, y también el rapto de una mujer de casa de la misma; concedió á los obispos y á los sacerdotes el derecho de libertar á los esclavos en la Iglesia y delante del pueblo; impuso severas penas á los tutores que abusaban de los menores de edad, y, finalmente, mandó que á todo trance se guardase el descanso y la santificación del domingo.

No contento con socorrer las necesidades de los pobres durante la vida de los mismos, quiso además cuidar de que no les faltasen los sufragios y funerales después de su muerte, y con ese fin instituyó una congregación de sacerdotes que se encargasen de dar á los pobres sepultura cristiana, conforme á las prescripciones de la Iglesia.

Los esclavos, á quienes el paganismo quería con grandes esfuerzos retener bajo sus cadenas, fueron también objeto de la solicitud del magnánimo emperador católico, y en favor de ellos declaró en su Constitución del año 312 que la vida del esclavo era sagrada; que todo señor fuese considerado como homicida si voluntariamente matase á un esclavo suyo, bien fuese con un golpe de palo ó de piedra, y lo mismo si con un dardo le hiriese mortalmente, ó le ahorcare con un lazo; y que incurriese en la misma pena si por un mandato cruel le expusiere á la muer-

te, si le envenenase, si desgarrase su cuerpo con uñas de hierro ó de bestias feroces, ó si quemase sus miembros con carbones encendidos.

De ese abismo de miseria por una parte, y de espantosa crueldad por otra, ha sacado la Iglesia al mundo, pues obra es también de la Iglesia la abolición de la esclavitud, porque ella fué quien la inspiró y la promovió, y á ella confió también Constantino el cuidado de dirigir el procedimiento y desenvolvimiento de la libertad con sabiduría divina, como solía él decir, *religiosamente*; y por esa razón, no solamente los obispos, sino también los clérigos mismos gozaban del privilegio especial de conceder la plena y entera libertad á los esclavos, por pura declaración verbal, sin hacerlo constar por escritura pública. Desde luégo se ve claramente que poner semejante y tan amplio poder en manos de la Iglesia, que consideraba al Cristo hecho un esclavo, equivalía á dar un golpe de muerte á la esclavitud.

Las leyes caritativas de Constantino, inspiradas por el Cristianismo, han hecho decir á Chateaubriand que, si no por los trastornos y perturbaciones de los tiempos, ellas por sí mismas hubieran sido bastantes para libertar instantáneamente una numerosa parte de la especie humana. En esa libertad instantánea hubiera habido, no obstante, graves inconvenientes, y la Iglesia, que en todos sus actos está guiada del espíritu de la prudencia y de la previsión, consideró, por lo tanto, indispensable y pre-

ferible, así por bien de los esclavos como por bien de la sociedad, el proceder con lentitud y preparar las condiciones de la nueva vida social. Era necesario buscar para el esclavo un lugar bajo la luz del sol, y una casa en la familia, y un vínculo en la sociedad, sin lo cual, en vez de obreros útiles y honrados, los esclavos hubieran llegado á ser unos monstruos dotados de instinto para el mal. Además, como toda esa reforma no podía hacerse sólo por las leyes, era preciso emplear la persuasión y dar tiempo á que el esclavo se fuera formando en los hábitos de obediencia, de justicia, de moral y del deber, á fin de que, teniendo conciencia de sus obligaciones, se preparasen los caminos para el ejercicio legítimo y beneficio de la autoridad. Al lado de los ciudadanos se colocaron los obispos para esclarecer esas ideas y principios con sus consejos, para ser los jueces arbitrarios en sus cuestiones y diferencias y para proteger á los más débiles. Esa intervención se amplió y se desarrolló más tarde en mayor escala, y llegó á constituirse en un principio de jurisdicción eclesiástica, la cual tuvo parte tan importante y tan principal durante la Edad Media, y sin la cual se hubiese eclipsado y oscurecido indudablemente la justicia, como así lo han reconocido y confesado reputados escritores con la alta imparcialidad de Robertsón. La influencia natural y legítima de que gozaba el clero atraía hacia él espontáneamente las poblaciones, de tal manera que los obispos se veían obligados á ocuparse días enteros en dirimir y arreglar las diferencias que surgían en-

tre los ciudadanos, y hasta los mismos paganos, admirados de su sabiduría, caridad y prudencia, acudían á ellos á consultarles, y dejaban sus asuntos y sus litigios á la resolución que ellos diesen. Esta especie de mediación, aconsejada por San Pablo, mantuvo la paz entre los cristianos de la primitiva Iglesia; y concedida, ampliada y protegida después por el emperador católico, contribuyó poderosamente á que el espíritu cristiano y los principios católicos del Evangelio penetrasen en la legislación y en las relaciones civiles. La caridad, la bondad y la verdad reinaban en los tribunales, que, más humanos y alejados del espíritu contencioso, había en ellos más justicia que la que oficialmente administró el prefecto del pretorio. Además, el obispo, en su calidad de patrón, de protector de los débiles, mediaba entre los señores y sus esclavos, entre los padres y sus hijos, corrigiendo en los unos el abuso de autoridad y la errada dirección, y en los otros la resistencia á los mandatos y la insubordinación. Los huérfanos y desamparados estaban puestos bajo la protección episcopal, y el prelado cuidaba de que tuvieran tutores y maestros para su bien.

Ese edificante y hermoso espectáculo presentaba la autoridad imperial cristianizada y convertida. Una palabra de Constantino hacía resaltar en gloria de la Iglesia esa transformación. Cierta día que un extranjero, indicando los sacerdotes que le acompañaban, le preguntó quiénes eran y para qué servían semejantes hombres, contestó : «Estos son los guardas de mi

alma.» Pero si grande fué el espectáculo de la transformación bajo el punto de vista social, no lo fué ménos bajo el concepto científico é intelectual.

Hasta el advenimiento de Jesucristo, exceptuando un pequeño rincón esclarecido con las promesas y profecías bíblicas, toda la tierra estaba envuelta en una oscuridad profunda; y en vano la razón humana hacía esfuerzos para disipar las tinieblas y esclarecer el misterio que cubría los destinos del mundo. La filosofía desde su nacimiento fué una calamidad, porque sus hipótesis se destruyen ellas mismas, y sus innumerables contradicciones establecen un combate tan tenaz, que el alma, fatigada de contemplar semejante caos, no sabe á qué atenerse ni qué creer, y cae en el más desconsolador escepticismo. Ella se hunde en la materia y pretende divinizarla, obedeciendo al sentimiento de natural grandeza y aspiraciones infinitas que no puede perder jamás, y que, por lo tanto, conserva aún en medio de sus extravíos.

Para castigar Dios al hombre por su rebeldía no tuvo necesidad de ponerle cadenas, sino que le bastó el permitir que el hombre se entregase á sí mismo, para que se encadenase con sus propios errores y con sus vicios. Mas el Cristo prometido hizo oír su voz, y, repetida bajo el Verbo creador por millares de lenguas, al momento los corazones se abren á la alegría, las inteligencias se esclarecen y las almas rompen sus cadenas. Revelándose Dios al hombre, hace al propio tiempo que el hom-

bre se conozca á sí mismo; y, por consiguiente, su origen, su naturaleza, su fin y todos estos problemas que tan orgullosa y vanamente había el hombre buscado, los encuentra resueltos por afirmaciones tan luminosas, tan profundas y tan conformes con las aspiraciones más íntimas de todo su sér, que, por más que le pese, se ve obligado á rendirse á ellas y á dejarse penetrar de su luz é influencia.

Con la venida de Jesucristo se efectuó una revolución inmensa en el pensamiento, y el alma humana, antes mutilada, oprimida y dividida, iluminada por el Evangelio, sale de sus estrechos límites y entra de nuevo en posesión de su dignidad y de sus sentimientos infinitos. La prueba de que Dios se hizo Hombre es que el hombre se hizo Dios. La roca sobre la cual Prometeo cautivo lloraba por espacio de cuatro mil años se ha cambiado en un altar, en donde el hombre, sacrificando su naturaleza pecadora y despojándose del mal, se renueva y se contempla obra de Dios; y en virtud de esa transformación sube con su pensamiento á recordar el estado de su inocencia y de su grandeza original. Después de haberse puesto sobre la cruz con Jesucristo, y de haberse enterrado con Él en el sepulcro, el desobediente de los tiempos antiguos llega á resucitar transfigurado, y entonces su corazón abarca el cielo y la tierra, Dios y la humanidad, y su razón libertada asiste y toma parte en el concierto de las armonías divinas, que ella procura repetir después en sus escritos. Entre las obras que salen y brotan del alma

iluminada de los Apóstoles, de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, y las que han salido de los escritores paganos más célebres, media un insondable abismo; y el fondo y tendencias de unas y otras son diametralmente opuestos.

La filosofía pagana no es unitiva, sino divergente, y consagra la división y la injusticia entre los hombres, en tanto que la filosofía cristiana, por el contrario, es convergente y de todos los hombres forma una sola familia que tiene á Dios por padre; y levantando sus miradas al cielo, enseña á los hombres á pronunciar estas palabras: *Padre nuestro*. Esa expresión revelada por el Salvador es la ciencia del mundo nuevo, y á su dulce y penetrante luz se recogen y se unen los espíritus más rebeldes, las razones más mezquinas y los corazones más depravados; y de ellos hay algunos que cultivan con santo celo el germen recibido, aunque otros desgraciadamente sólo piensan en sofocarle; pero, á pesar de sus esfuerzos, no pueden permanecer tal como antes estaban. Á veces tienen gusto en decir que no son los mismos, y es porque no ven ya las cosas con los mismos ojos que antes las miraban. Además, como cada día los Apóstoles, los apologistas, los doctores, los santos, los confesores, los mártires, las vírgenes, todos los coros de las catacumbas y toda la Iglesia, en una palabra, cuya extensión se perdía de vista, repetían, comentaban, explicaban y enseñaban cada una de las palabras que salieron de la boca de Dios, resultó de ahí una creación intelectual enteramente nueva.

El error mismo, tal como queda expresado, tomó del Catolicismo armas para combatirle, y la prueba de ello se ve claramente en la historia de las herejías que se levantaron desde los primeros tiempos de la Iglesia y en la de la filosofía de la escuela de Alejandría, la cual no fué más que una grosera corrup-

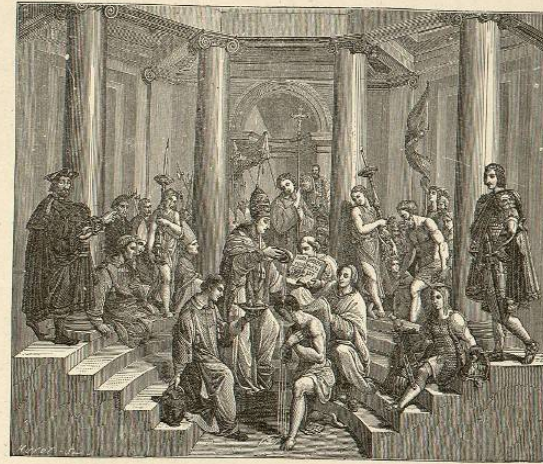


Lámina 126.—Bautismo de Constantino.—Fresco de Rafael, que se conserva en el Vaticano, y data del siglo XV.

ción de las verdades cristianas. Pero todas esas nubes del error, por más espesas que fueran, no fueron capaces de resistir los rayos de luz que sin cesar despedía contra ellas la falange cada vez más numerosa de los apologistas católicos; y en el momento que Constantino subió al trono imperial tuvo fin una doble esclavitud, la de la razón y la de la mitad de la humanidad. Je-

sús triunfaba en el derecho, en la filosofía y en la literatura, y de todas partes se acudía á oír la elocuente palabra de los Basilius, de los Agustines, de los Ambrosios, de los Gregorios y de los Crisóstomos; de manera que después de la autoridad de estas lumbreras de la ciencia y de sus obras, comentadas y reproducidas en el transcurso de los siglos por una serie no interrumpida de aventajados y esclarecidos discípulos, el error en materia de religión fué dogmáticamente vencido, y no quedó de él más que la idea principal, conservada por la obstinación de sus partidarios, que no tenían para apoyarla más que el orgullo y la voluptuosidad.

ROMA CRISTIANA.—TRAICIONES DE BIZANCIO

Si desde la circunferencia y extensión maravillosa de la Iglesia dirigimos nuestra mirada á su centro, veremos un espectáculo no ménos admirable y divino. En la Roma pagana, del mismo cimiento y naturaleza de los elementos purificados y transformados, se veía levantarse otra Roma, la Roma de los Papas, la Roma católica, el centro, el eje y el foco del mundo nuevo. Se sentía allí el corazón de Dios, y estaba visible la acción constante de la divina Providencia. Toda la historia del mundo anterior á Jesucristo concurre á conducir á Pedro á Roma, y toda la historia del mundo después de Jesucristo tiende á hacer de esta ciudad la silla del reino espiritual predicho por los Profetas. En

Roma es donde ha tenido lugar el combate más fuerte y tenaz entre la verdad y la mentira; y si bien todas las Iglesias al nacer han sido regadas con la sangre de los mártires, la de Roma, no sólo fué regada, sino que estuvo inundada de ella por espacio de trescientos años, y debido á ese sacrificio diario de sí misma, y en virtud de su vocación sublime, es como logró robustecer y atestiguar su primacía sobre las demás Iglesias particulares del mundo. Nada la intimida, nada la debilita y nada es capaz de hacerla desmayar. De cada grano aplastado por la opresora piedra de la persecución nace una abundantísima cosecha de elegidos, cuyas espigas, dispersas por la tempestad, van á hermo-sear y á llenar de fieles todos los contornos de la tierra. La muerte, que en las demás cosas lo consume todo y con todo concluye, llegó á ser entonces, en virtud de un milagro de Dios, una fuente de vida para la Iglesia romana en particular, y así se veía disminuir continuamente la ciudad pagana y aumentar la ciudad cristiana, hasta el punto de haber llegado un momento en que la espada de los Césares no se atrevió ya á causar más víctimas, temiendo que la ciudad quedase desierta. Como si la Roma pagana, esa ciudad responsable de toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, no se desmoronase con bastante rapidez, Dios remueve todavía los pueblos y arroja sobre el imperio legiones insaciables que le arrasan, le llenan de sangre y le destruyen completamente. Cuando se pregunta á los jefes de esas hordas terribles cuál es la causa de su encar-